Barco proa al viento
(navegación última)

Aline Pettersson

♦♦♦

Las remotas travesías en barco precisaban —casi— de un álbum de viaje: el tiempo moroso del trayecto, el tiempo moroso de la evocación. Su azaroso acomodo en la memoria y, de súbito, la chispa que enciende la imagen, que la acerca y hace refulgir, como en un toque eléctrico cuyo impacto quizá altere la percepción de tiempo y espacio. Igual que ola de dimensiones colosales, se deja venir la fuerza de un momento largo que rebasa la capacidad del ojo puesto en la línea del horizonte. Para mí, la lectura es ese singlar por líquidas veredas en movimiento constante. Libros y autores forman la bitácora de un tiempo acotado por muchas páginas —velamen, éstas, de una vida larga ya—.

Y a la espuma del oleaje, a su rebullir sin descanso, quisiera asomarme. Cómo desearía apropiarme aquí de ese presente de los libros y, en ocasiones, del presente mismo del autor cruzado con el mío. Quizá leer sea cambiar las incomprensibles leyes del tiempo, para reinventar la perennidad del presente.

A la vera de Sandokan, de los corsarios multicolores, en las vicisitudes de los náufragos de Liguria, las naves transportaron a aquella niña lejana —de la mano de Emilio Salgari— por los mares procelosos de la aventura, del arrojo, y hasta del incipiente asomarse a la fuerza del amor. Entonces ella fue Perla de Labuán y Capitán Tormenta, pero también fue León de Damasco y Corsario Negro. Además, la corriente la iba conduciendo de manera simultánea a los arrecifes de la adolescencia. Atrás habían quedado Dickens y sus niños sufrientes, y Twain y los suyos, Pero aún no se asomaban Dumas y Hugo. Por lo pronto, a ella —esa otra niña— le fue imposible no buscar extender torpemente las historias con la pluma, mas también con los teatros caseros. Qué placer grande imaginar la construcción de mundos paralelos donde, después de peligros mil, se llegaba a estar tan bien. Qué placer grande salir de las paredes de la casa, alejarse de las calles de su barrio, viajar en el tiempo, navegar de libro a libro, de historia a historia, de una puesta en escena a otra.

Pero antes aún, ella había aprendido a amar los libros a través de una serie de veintitantos volúmenes del ya olvidado autor brasileño, Monteiro Lobato, quien hacía a un lado su ejercicio político para fraguar las deliciosas travesuras de una niña, "Naricita", y su primo Perucho en la finca "El Bienteveo Amarillo" a orillas de la selva de aquel país.

En esos libros se imbricaban realidades de muy diversa índole. De la legendaria actriz niña, Shirley Temple, al príncipe pez, a las fieras de la región, a la muñeca parlante, al viaje a las estrellas. Persona-

jes y lectora se transportaban de un mundo al otro con la suavidad y constancia de mar calmo, para luego explorarlos con la turbulencia renovada de la curiosidad. Qué años aquellos en que leer formaba parte de los placeres infantiles, qué bien recibidas las gripes, que al mismo tiempo que libraban de la escuela, ofrecían un grato, aunque breve, intervalo de cama con un libro y una jarra de agua de limón.

¿Cómo convocar aquí eso que fue construyendo la silueta interior de aquella niña, cuya silueta, por otra parte, también se transformaba? Los años adolescentes crean un remolino de aguas y arenas. Los horizontes parecen desbordarse. Impera la avidez. Un querer otear cuanto mundo se perfile. Fue el tiempo de leer sin cauce, sin medida, sin juicios de valor literario. Porque lo mismo brotaba la Edad Media entre las páginas de novela rosa de otro autor ya olvidado —Rafael Pérez y Pérez— que la llenaban de ansias amorosas, y en ocasiones, hasta eróticas, donde las doncellas aguardaban a príncipes y escuderos de "cabeza de estopa", como se asomaba también a los romances, por ejemplo, de los Infantes de Lara.

Y con el mismo afán se dedicó a leer a Sor Juana, primero las famosas redondillas y después los poemas sobre las dudas a las que el corazón se inclina. Así, jugó con la idea de ingresar al claustro como vía de conocimiento, la perspectiva de un hogar propio la veía ella entonces muro de altura mucho más insalvable. Aunque nunca desdeñó imaginar los placeres de la pasión. E, ignorante como era, no llegaba a extraer de la lectura de la monja otra cosa que la posibilidad de dejarse guiar por esa mano sabia, entre nombres de reminiscencias clásicas, de los que ella se apropió para el cuaderno donde escondía sus pobres intentos de escritura. Y por medio de esa mano sabia llegar años después a aquellos luminosos años de oro, brillo de tanta pluma.

Más tarde, terminó de manera abrupta (justicia poética, los nobles deben permanecer en los libros) su idilio con un conde español, y ella quiso morirse. Entonces una grave pulmonía le ofreció la puerta, pero le ofreció, asimismo, la lectura de *La guerra y la paz* y la obra de García Lorca. Nunca enfermedad alguna la ha hecho disfrutar más el dejarse llevar por la corriente generosa de las páginas que iban atenuando su dolor.

Dos escritores han sido clave en el largo trayecto de su vida: Virginia Woolf y Marcel Proust, que —distancias a buen resguardo— la hicieron sentirlos hermanos de una cierta mirada. Ya no las grandes batallas, los héroes ciclópeos, sino las minucias que revisten el transcurrir del tiempo. Ese tiempo que puede ser prolongado sin trabas. Ese detenerse en una textura, un color, un aroma, que no se detiene ahí, puesto que con dicho bastimento se surcan los abismos interiores.

Pasaría el tiempo de la vida hasta conocer a Salvador Elizondo, quien apoyó con interés su trabajo hace ya muchos muchos años. Elizondo que decanta y canta al acto de escribir que escribe. Qué deleite charlar con él, beber una cerveza o dos en el jardín sombreado de su casa.

Qué deleite escuchar sus comentarios brillantes e irónicos, desde sus nasales profundidades, y competir —ambos— por narrar las respectivas y vivaces peculiaridades de sus respectivas y ancianas abuelas, que le robaban tiempo a Joyce en aquellas charlas.

Juan Rulfo fue generoso con ella, aunque a ella no se le hizo nunca fácil instalarse en una conversación plena con él. Pese a su declarada admiración por aquella obra de tal excelencia como brevedad, nunca encontró la ruta que abriera las puertas a la confianza, al punto en que se deslizan las palabras suavemente, insensiblemente. Vivía los silencios cargados de un peso que se esforzaba en aligerar, y quizá por lo mismo, éste permanecía ahí, sin moverse, un poco amenazante tal vez. ¿Qué decir? Por Dios, ¿qué decirle? Y sin embargo él la invitó a que, con su apoyo, solicitara la beca que la Universidad de Iowa brinda a escritores extranjeros. Pero entonces el periodo era de muchos meses y el cuidado de sus hijos la retuvo. Un buen número de años después, Rulfo volvió a ofrecérselo. La estancia era entonces ya más breve y los hijos más grandes, hacía buen rato que se cuidaban solos. Aceptó, y su corazón quedó por siempre agradecido.

Y, por otra parte, también un lejano día, para ella entonces tan negro como el resto, después de mucho indagar, llegó a Josefina Vicens. Y es que la Peque se había casado alguna vez con su tío, y ella necesitaba saber de su tío, de su muerte, ella que también la buscaba. *El libro vacío* sigue colmando a quien lo abra. Causa asombro que novela tan breve sea tan sabia, tan renuente a envejecer.

♦♦♦

Josefina Vicens, mientras vivió, fue una especie de madre para ella, que lo mismo la invitaba a compartirle sus proyectos escriturales como estaba cerca de su caos interior, entonces huracanado, sin puerto a la vista.

Fue por ese mismo tiempo en que conoció a Octavio Paz. Durante tres generaciones los Paz habían estado vinculados a la historia de su familia. Paz tuvo entre sus manos un largo poema, que ella, temerosa, le mostró. El poeta fue muy amable con el poema y con ella, y la invitó a frecuentarlo. Pero ella tuvo miedo, y nunca lo hizo. Sin embargo, él le contó entonces de cómo el primer trabajo que tuvo en la vida fue a través de aquel extraño y amado tío, quien lo condujo al periódico de otro pariente, José C. Valadés. El momento quedó atrás. Ella siguió admirando su luminosa escritura, pero vio de lejos cómo el carácter de la gente puede ennegrecerse y nunca quiso ella acercarse a su estela. El dique devino, así, infranqueable.

Los mares se agitaron cuando las muchas horas del día transcurrieron conversando con Julio Cortázar. Encuentro acotado por el toque eléctrico que le permitió sentir que se prolongaba una charla de muchos años, charla que había nacido entre ella y sus libros. Él le habló muy negativamente de las labores de hilo femeninas, y ella abandonó, de pronto, la cantina a donde habían llegado. Corrió a comprarle, junto al muro de la iglesia de San Juan Bautista, no un telar, que no vendían, pero, sí, una máquina de coser de juguete, hecha de plomo, como el soldadito del cuento, y que sintetizaba ese detener mujeril al tiempo entre los dedos. A Cortázar le brillaron los ojos y los dientes de su amplia sonrisa y le dio un sorbo al vaso de ella queriendo probar una bebida para él desconocida (o así le dijo): cerveza mezclada con caldo de res. Ella deseó ser la Maga, él le obsequió los papeles con sus poemas leídos aquella mañana, entonces afortunadamente no se usaba escribir en procesador. Y luego continuó la charla larga, muy largamente.

Acercarse a Sergio Pitol fue experiencia entrañable. Disfrutar de su sabiduría, compartir, por ejemplo, el recuerdo de las sendas lecturas adolescentes, en la misma colección de tapas amarillas, de *La guerra y la paz,* compartir, asimismo, el estado de Veracruz como puerto de llegada y asentamiento de las respectivas familias. Compartir el fuerte recuerdo que deja un primer viaje en barco buscando aquellas tierras lejanas al otro lado del mar, compartir la visión enriquecida que ofrece la miopía. Y luego, disfrutar del brillo de su obra, caminar sus caminos de tinta, gozar de su generosidad sin petulancia, gozar de su muy bello jardín de plantas y de su otro frondoso jardín del alma. Hablar de Sacho, su perro, así como hablar de los vientos ominosos que se ciernen sobre nuestro país, pero hablar también de la esperanza en un futuro más amable. Y también echarse a reír.

¿Y cuál ha sido la constante en la búsqueda de libros de aquella lejanísima niña? No sé cómo denominarla, pero es algo que tiene que ver con la densidad, recurro a un símil: el caldo espeso que en el invierno acaricia el paladar, para luego calentar el cuerpo y correr ardiente por las venas. Esa lectura que, aunque no desdeñase sabor del relato, de alguna manera lo trasciende. Porque las preguntas sin respuesta siguen inquietando. Porque se ve una impelida a proseguir haciéndolas, porque —en esa tesitura— hago mía la renuencia de Esau a rechazar aquellas lentejas enjundiosas cuyo aroma y aspecto lo tentaron más allá del buen juicio.

Y así hago míos, por ejemplo, a Dostoievski, a Hermann Broch, a Robert Musil, a Katherine Mansfield, a Chéjov. Y al escribir sus nombres me pregunto por qué los acabo de atar en un racimo, ¿será por su vida en el norte de Europa, en aquellos otros litorales?, ¿por su buril para indagar en los caminos del alma? Acaso se deba —en Chéjov y Mansfield— a la fuerza con que mirada y pluma forjan, a partir de minucias, una constelación, un universo de breves palabras que no cesa nunca de crecer. Ninguno pertenece del todo a un mundo sin costuras, ella proviene del otro lado del mar donde la vida colonial por fuerza debe haber afectado su aprehensión de las cosas, él, de una familia que recientemente se ha liberado de las cadenas de la servidumbre. De alguna manera, ambos se instalan —extranjeros— en la vida que se les ofrece para ser contemplada en todo su detalle. Y esa forma de observar —como de buzo— irá a florecer en la obra de páginas generosas, envolventes de Hermann Broch, a quien Virgilio toma de la mano para guiarlo, muy hondo, en la reflexión sobre la condición humana. Por otra parte, la vehemencia de Dostoievski, su pasión torturada al interior de las oscuras entrañas de lo sagrado, la transgresión, la culpa, sirven de sostén y espejo en

♦♦♦

mi lectura al frío y brillante escalpelo de Musil. Los dos se adentran en las cavernas más oscuras de la naturaleza humana. Y yo, desde mi orilla, me reconozco en esas páginas. Razón y sinrazón suelen caminar juntas y prodigarse.

Hago míos a Baudelaire, a Rilke, a Borges, cuyo rostro —el día de su muerte— se asomó a lo largo de las horas, en las pantallas de un hospital donde mi padre se estaba muriendo. Grande, sin duda, es mi admiración por el escritor y su obra, pero también debo decir que algo en aquel rostro se acercaba al rostro amado del que muy pronto iba a seguirlo.

Hago míos *Muerte sin fin* de Gorostiza y *Lamentación de Dido* de Rosario Castellanos y la maestría de las plumas que se vierten para asomarse a la marea que arrojará siempre la presencia ineluctablé de la muerte. Hago míos *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro así como *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán y *Al filo del agua* de Agustín Yáñez. Ahí, dentro de ese tiempo admirable de papel, se asoma el tiempo que quedó atrás, pero que tuve cerca a través de lo que escuché tantas veces de boca de mis abuelos. Hago mía la violencia melancólica de Strindberg, de Ibsen y me reconozco en aquel espacio y tonos brumosos que tanto me conmovieran en la niñez.

Hago mías a Doris Lessing, a Beauvoir, a Duras y a Yourcenar, que trabaron sus amplísimos conocimientos, su sensiblididad, con su condición de mujeres, porque, finalmente, la victoria no nos pertenece aún.

¿Y qué decir de los trágicos griegos, de su inmarcesible y marina perennidad? Cada nombre es yacimiento que se prodiga y conduce a descubrir otras embarcaciones, otras aguas, nuevas travesías.

Y, allá lejos, la silueta del Ajusco se oculta tras de mi ventana. El aire plomizo del día le impide desplegar sus contornos; es preciso imaginar los huecos y hondonadas que han ido perdiendo su calidad agreste de monte. Es preciso imaginar todo el monte. Y yo, desde la altura del cuarto, sueño con el verdor de su cresta, que en ocasiones ha estado tan blanca como las crestas del mar. Hoy, evoco esa silueta generosa, faro que me alumbrara en un largo trayecto. ♦



